

pués de la renovación carolingia. Expone las diversas aportaciones que confluieron en la legislación canónica carolingia, las herencias bizantina, visigótica, anglo-sajona, etc. A continuación trata los diversos estados. Comienza por el mundo clerical y monástico (clérigos, monjes, monjas y viudas) y después desarrolla mucho el matrimonio como institución cristiana. La moral conyugal, la condición de la mujer casada y los esfuerzos de la Iglesia por defender la dignidad y la unidad del matrimonio en una Europa todavía poco cristianizada o pagana.

La tercera parte: *Las prácticas religiosas* comienza por estudiar cómo eran la celebración de la Misa y la comunión, describe la liturgia dominical, las iglesias y los lugares de culto, la fe y la devoción eucarística del pueblo cristiano. Después explica el calendario cristiano: la organización de los tiempos litúrgicos que comenzaron a ser asimilados y a empapar la vida cotidiana de Europa. Describe también el culto y la devoción a los santos y a las reliquias, así como las procesiones y peregrinaciones. También trata de la práctica del sacramento de la confesión y de la penitencia privada.

La última parte está dedicada a la liturgia y a la cristianización de las costumbres en torno a la muerte, los funerales y la sepultura. De este modo, a lo largo de las páginas del libro, se puede recorrer las fases principales de la existencia cristiana de un cristiano laico, desde su nacimiento y bautismo hasta su muerte y sepultura.

El resumen del extenso trabajo de Chélini es que durante un breve período, el tiempo que abarca los reinados de Pipino, Carlomagno y Ludovico, se pusieron los medios eficaces para hacer cristalizar una sociedad cristiana en un estado cristiano. Según el autor, el siglo carolingio fue demasiado corto, pero logró dejar su huella profunda en la vida

de las gentes. La debilidad de los sucesores de Ludovico no pudo resistir la presión externa de las invasiones normandas ni las tensiones internas propias de un territorio tan extenso. La estructura que unía la Europa carolingia se derrumbó. Al desaparecer la presencia protectora de la autoridad de los emperadores, nuevas autoridades locales, incapaces ya de grandes empresas, aparecieron por todas partes, y la búsqueda de seguridad real hizo que un nuevo orden socio-político se extendiera en Europa. Durante el oscuro período que comenzó entonces, se perdió mucho de lo que los carolingios habían logrado, pero su esfuerzo fue eficaz y se recuperará más tarde, con la renovación de la Iglesia que tuvo lugar al final del feudalismo anárquico del siglo de hierro.

El libro contiene una colección de quince fotografías (pp. 15-31) que muestran el desarrollo en sus diversas fases de la celebración de la Misa. Están tomadas del Sacramento de Drogon de Metz, hijo de Carlomagno. Tiene también una interesante y amplia bibliografía (pp. 512-524).

M. Lluch-Baixaulli

**Christiane RAYNAUD**, *La violence au moyen âge. XIII<sup>e</sup>-XV<sup>e</sup> siècle. D'après les livres d'histoire en français*, Le Léopard d'Or, Paris 1991, 354 pp., 16 x 24.

La autora es agregada en Historia y enseña Historia Medieval en la Universidad Paul Valéry (Montpellier III). El libro que ahora reseñamos se incluye dentro de una línea de investigación más amplia que estudia el poder en el período final de la Edad Media. Es un buen ejemplo de trabajo de iconografía aplicado al estudio de la evolución ideas. El tema se desarrolla en torno al estudio iconográfico e iconológico de las representaciones de escenas de vio-

lencia que se encuentran en los libros franceses durante el período tardomedieval. Es un trabajo minucioso del que pueden obtenerse interesantes consecuencias.

Se divide el trabajo en cuatro capítulos. En el primero se analizan los caracteres generales de la violencia. La violencia es considerada esencialmente como una ruptura del orden providencial. Se distinguen la violencia de las personas individuales y la violencia del Estado. Ésta última en sus dos principales manifestaciones: la guerra y la administración de la justicia que castiga. Finalmente se tratan los efectos de la violencia.

El segundo capítulo está dedicado al encuadramiento de las representaciones estudiadas. Es una tipología de los lugares, de los tiempos y de las armas e instrumentos empleados.

El capítulo tercero se centra en los actores. Presenta una tipología de los diversos protagonistas de las escenas de violencia.

El segundo capítulo está dedicado al encuadramiento de las representaciones estudiadas. Es una tipología de los lugares, de los tiempos y de las armas e instrumentos empleados.

El capítulo tercero se centra en los actores. Presenta una tipología de los diversos protagonistas de las escenas de violencia representadas. Los jefes, los ejecutores (soldados, asesinos, verdugos), las víctimas y, finalmente, los testigos presenciales. Aquí se exponen los atributos iconográficos característicos de cada tipo de personaje. Cómo se representa a cada uno de los protagonistas: actitudes, modos de vestir, simbología del gesto, etc.

Por último, el capítulo cuarto trata de la relación entre el texto y la imagen que lo acompaña. Se trata de representaciones que aparecen en los libros. La

autora concluye que las imágenes durante el tiempo que abarca el estudio nos informan de un doble movimiento. Por un lado, se manifiesta una clara repulsa y condenación de la violencia, en cuanto que rompe el orden providencial. Además, y al mismo tiempo, se entiende en estas representaciones una actitud de aprobación por el esfuerzo que la autoridad ejerce para controlar, limitar y encuadrar todas las manifestaciones de la violencia.

El estudio de esta cuestión concreta (la violencia entre los siglos XIII al XV) en un aspecto también delimitado (las escenas representadas en los libros) permite afirmar a la autora que existían verdaderos programas iconográficos. La existencia de una serie de modelos representativos significa que existía un acuerdo común. En este caso, los miniaturistas muestran el hecho de que existía una ética comúnmente aceptada, lo que implica unos valores y creencias comunes. Y esto en una sociedad que se encontraba en plena mutación y en un período especialmente turbulento de la historia europea.

Otras conclusiones interesantes pueden obtenerse de estos estudios iconográficos. Como el hecho de que la supresión de la violencia queda como un ideal, del cual sólo la Iglesia era portadora. Para la autoridad civil, las monarquías nacies, la violencia es algo que debe ser controlado y se la representa sin sus aspectos dramáticos, quizá para disminuir la repulsa. Se desprende también de estos programas un mensaje como de propaganda de la nueva ideología de los monarcas autoritarios y centralizadores. En efecto, todo tipo de guerras privadas, revueltas y resistencias al Estado se representan como negativas y en sus formas plásticas quedan claramente desaprobadas. También se desaprueban los abusos de poder, el llamado «terrorismo de los Valois».

El estudio está completado por notas explicativas (pp. 263-274) y una amplia bibliografía (pp. 275-283). Hay también una serie de anexos que dan informaciones curiosas como, por ejemplo, la evolución de la representación de la sangre (se observa un aumento creciente desde el siglo XIII al XV), o de los lugares: países naturales o artificiales, fortificaciones, ciudades, etc. El libro termina con varios índices: de los dibujos, de las figuras, de los nombres y lugares, de los temas, de los manuscritos. Y la serie de 81 figuras, acompañadas de su explicación iconográfica.

M. Lluch-Baixaui

**Hélène MERLE (ed.)**, *Boèce. Courts traités de Théologie. Opuscula sacra*, Cerf («Sagesses Chrétiennes»), Paris 1991, 150 pp., 12'5 X 19'5.

El romano Boecio (476-525) fue un filósofo y un hombre de estado, neoplatónico y cristiano, teorizador de todas las «artes» de su tiempo. Participó de la visión del mundo del helenismo a la vez que formó parte, en Roma, de un círculo de intelectuales cristianos, preocupados por dar respuesta a las difíciles cuestiones que proponían tanto los filósofos paganos como los herejes de esta época turbulenta.

Estos Tratados de Teología son la respuesta de Boecio a estas cuestiones: ¿Cómo Dios puede ser a la vez uno por esencia y trino en personas?, ¿De qué naturaleza es la relación entre las personas divinas y la esencia en Dios? Y, en Jesucristo, ¿cómo puede comprenderse la unión entre su naturaleza humana y su naturaleza divina en una sola persona, el Hijo? ¿Cómo comprender, finalmente, de qué modo el ser primero, Dios, Bien supremo, comunica su ser y su bondad a todos los seres que vienen de Él?

Las obras de Boecio sirvieron de esquema de trabajo a todos los grandes teólogos de la Edad Media y señalaron muchas de las líneas de solución de los principales temas de la teología trinitaria y de la cristología posterior. Autores como Juan Escoto Eriúgena, Teodoro de Chartres, Gilberto de Poitiers, Guillermo de Auxerre, Tomás de Aquino y Ramón Llull, entre otros muchos, tuvieron en cuenta a Boecio. Con frecuencia explícitamente y citándolo, con más frecuencia todavía, siguiéndolo de modo implícito.

Estos escritos boecianos de ciencia sagrada fueron redactados por él entre los años 512 al 523. Significan el último período de su producción literaria y en ellos se manifiesta la madurez de un pensamiento que estaba ya disciplinado en las ciencias y las artes de su tiempo, conocedor del griego y de la cultura de Oriente. Es, por tanto, un momento de madurez de un gran pensador que, quizás por última vez, podía acoger en su especulación la riqueza, perdida posteriormente, de la unión de los dos mundos cristianos, el oriental y el occidental. Después de estos tratados teológicos, ya en la prisión, en donde sería ejecutado por el rey Teodorico, Boecio escribiría su obra maestra: *La Consolación de la Filosofía*.

La obra que ahora reseñamos presenta, por primera vez en lengua francesa, una traducción de los cinco tratados teológicos de Boecio: *De fide catholica, Contra Eutychen et Nestorium, De hebdomadibus, Utrum Pater y De Trinitate*. La autora ha seguido el orden cronológico que se tiene por más probable entre los especialistas británicos, y no el orden habitual que han presentado las ediciones clásicas de las obras boecianas. Según Hélène Merle, con éste orden aparecen con más claridad las argumentaciones y reglas intelectuales planteadas por Boecio en su *De hebdomadibus*. A pesar de su brevedad, la traducción de estas obras es muy